

LAS HISTORIAS DE FELISA por Perdigandalf

Capítulo 1: La mona Felisa

Esta es la historia de una mona sonriente. Una mona superviviente que vive como puede; sonríe adrede para afrontar la vida y por eso es muy querida. Encerrada en la verdad de que la alegría es por necesidad; si no ríe... llora. Así va la mona Felisa con su sonrisa luchadora, entrando en el bar de la pantera Melchora.

—Hola, pantera Melchora, ponme un carajillo que tengo un asuntillo —dijo Felisa.

—Vete a paseo... ¿ya estás con los trapicheos? —contestó Melchora, siempre observadora.

—Sí... una entrega para el elefante Cipriano y sus colegas. No le pongo pegas a este curro; fumo gratis y no me aburro.

—Ayer se pasó el oso Doroteo; el pobre está delgado como un fideo.

—Ya lo creo... cuando le veo le doy para fumar; es alguien difícil de tratar.

—¿Anoche fuiste al garito? Tocaba El Gallo Maldito.

—Qué va... fui a ver a la Tortuga Diego, que tiene permiso del talego. Nos fuimos en un desliz a hacer un peculiar bis a bis...

—Deja ya de una puta vez a la Tortuga Diego, te lo ruego, sabes que es jugar con fuego.

—Bueno... ni te lo afirmo ni te lo niego... hasta luego.

—Espera, espera... recuerda que mañana con tu alegría, me abres hasta que llegue yo al mediodía.

—Sí, tranquila; esta noche no salgo y cuando termines dime algo.

—Sí, sí... anda, vete, y mañana a las siete.

Y así se fue la mona Felisa sin prisas, con su sonrisa regalada al presente, dolida en el pasado y perdida en el futuro.

Capítulo 2: La visita de la Gallina Donata

Esta es la historia de una monada que recibe una visita inesperada.

—¡Qué tal, mona Felisa! No das señales de vida; no te veo desde la fiesta de la cisne Elida —dijo la Gallina Donata con una picardía innata.

—Sí... el tiempo pasa volando. ¿Aún sigues con el pelícano Armando? —dijo Felisa.

—¡Qué va! Me cogí un cabreo... Por cierto, hace tiempo que no veo al tejón Mateo.

—¿Qué te hizo el pelícano Armando? Es el típico que las mata callando —dijo Felisa, muy precisa y sin dilación para dominar la conversación.

—No quiero saber nada de Armando. Si aparece Mateo le dices que le estoy buscando. Es importante; si lo ves, me lo dices cuanto antes. ¿Dónde está Melchora? Tampoco me dice nada la señora.

—Melchora... se ha ido unos días, algo de su hermana... Hace lo que le da la gana —señaló Felisa.

—Sí... no te creo, desde ese asunto feo con Mateo parece que estáis muy encantadoras; tanto tú como Melchora —sospechó Donata dando la lata.

—Lo de Mateo es algo que hay que aceptar. ¿Qué vas a tomar? Esto es un bar —sentenció Felisa, esta vez precisa.

Entonces Felisa, sin demora, llamó a Melchora para informar de la visita ingrata de la Gallina Donata.

Capítulo 3: Los parroquianos

Esta es la historia de una mona trabajadora, haciendo horas en el bar de la pantera Melchora.

—Felisa, ponme un carajillo mientras me lío el cigarrillo; que esté muy cargado, que aún no me he despertado... También el periódico deportivo y una tapa de aperitivo, monada —dijo el castor Faustino.

—Sí... —dijo Felisa sin ninguna prisa.

El castor Faustino es un animal violento, con un presente y futuro cruento. De la lince Ermisinda es cliente habitual; por eso Felisa conoce su credencial. Gran consumidor de prostitución con alguna que otra adicción. Felisa lo odia y, cuando viene, le escupe de tapadillo en su carajillo.

A todo esto apareció muy campechano, otro habitual parroquiano.

—Felisa, date prisa y ponme un quinto... No, mejor un tinto —dijo el cuervo Bermudo como si fuera un saludo.

—Quinto, luego tinto, después tinto, otro quinto... —dijo Felisa con una irónica sonrisa—. Se lo voy a decir a la lechuza Enderquina, a ver qué opina.

—¡Qué dices! Te equivocas, solo me tomo una o dos copas.

—¡Hombre, Bermudo! Ayer seguro te quedaste mudo. ¿Viste el partido? Tu equipo ha perdido, jejeje —dijo el cuervo Faustino sin atino.

Felisa le sirvió, sintiéndose traidora de Enderquina y benefactora de Melchora. Bermudo parece que no se ha enterado de que con la medicación tiene el alcohol vetado. Felisa es su vecina y le da mucha enquina ver a la pobre Enderquina, porque su marido ni limpia ni cocina. Pero lo que sí le da mala espina; es la amistad repentina de su marido con Faustino, que le llevará por mal camino.

Y así, de repente, apareció algo temprano el parroquiano más anciano.

—Hola, erizo Bartolo. ¿Qué se cuenta? ¿Le pongo un poleo-menta? —dijo Felisa con tierna sonrisa.

—Gracias, mona Felisa, y tranquila, que no tengo prisa —dijo el erizo Bartolo con buen protocolo.

—Venga, y siéntese con Bermudo y Faustino; hágales de celestino —dijo Felisa creando una situación indecisa—. Están hablando del deporte. Espero que no os importe...

Felisa fue precisa y, en un suspiro, mató dos pájaros de un tiro: fastidiar con atino a Faustino y que Bartolo no estuviera solo. El erizo Bartolo vive solo y morirá solo; no tiene familia conocida. Día a día pasa la vida. Es tan anciano que es un niño; por eso Felisa le tiene cariño y compasión: solo quiere participar en cualquier conversación. Charlas de bar que no llegan a ningún lugar.

Capítulo 4: El encuentro con el castor Faustino

Esta es otra historia de una mona que en su camino se topa con el castor Faustino.

—¡Hombre! ¡Felisa! Sola pierdes tu sonrisa. Ahora iba para el bar; ya sabes que me gusta molestar —dijo Faustino.

—Pues vete a dar por culo a Melchora, que hoy no me toca hacer horas. Así que espabila, desfila y déjame tranquila —contestó Felisa con irónica sonrisa.

—Pues sí, señora. Voy a molestar a Melchora y le cuento el chismorreó del tejón Mateo —dijo Faustino destapando un rumor clandestino.

—¿Otro chismorreó de Mateo? Dímelo, a ver si me lo creo —dijo Felisa con incrédula sonrisa.

—Pues que alguien busca la cabeza del tejón Mateo como trofeo. Tiene una gran deuda de juego y espero que Melchora no le tenga mucho apego. Como estuvieron juntos... a lo mejor le salpican sus asuntos. Seguro que se van a preocupar de estar vigilando el bar —respondió el castor Faustino muy sibilino.

—Pues no me dices nada nuevo y eso a Melchora le importa un huevo. Mejor no se lo digas o dejará de ser una de tus pocas amigas —dijo Felisa como premisa.

—Vale, no le diré nada, monada... —replicó Faustino.

—Sí, sí... Con lo que te gusta hablar y escupir, seguro que se lo vas a decir.

—Pues claro, monada... Tus estrategias conmigo no sirven para nada.

—No sé por qué hablas conmigo si no somos amigos —dijo Felisa, actuando como que tiene prisa, estando tres segundos quieta.

Capítulo 5: El cocodrilo Hemeterio

Esta es la historia de una mona indecisa, una mona coqueta que se viste sin prisa con una chaqueta y una camisa. Siempre con esa guisa... va la mona Felisa.

—¿Dónde vas, Felisa, con esa sonrisa? —dijo el cocodrilo Hemeterio con criterio.

—¡Hola, Hemeterio! Pues voy a resolver un gran misterio: quién me firló anoche el mechero, y pienso encontrar al vil rastrero.

—Pues te ayudaré para saber su paradero. Así que lo primero, para ser rigurosos: ¿quiénes son los sospechosos?

—Pues... a ver, cocodrilo Hemeterio: estabas tú y el león Liberto, la gata Micaela, la pantera Melchora, el búho Gregorio, el oso Doroteo... Joder, había mucha gente...

—Esto... pues no busques al ratón Vicente.

—¿Ya has hecho algo indecente, una conducta inmoral?

—Se portó muy mal el animal. Parece que no habla mi idioma; no entendió que lo que dije se pasaba de broma. Era un lerdo, por eso le di un muerdo y, como nadie le aguanta, lo bajé por mi garganta.

—¡Hemeterio, recuerda! ¿Dónde está la mierda?

—Droga no tengo, pero lo que queda de Vicente lo acabo de dejar debajo del puente.

Felisa es más rápida de lo que parece y se plantó rauda donde las heces. Rebuscó con interés y encontró su mechero. Sacó su piedra con esmero y con un gesto sencillo mostró un cigarrillo. Como guinda del pastel, su amigo le dio papel. Es entonces cuando el cocodrilo Hemeterio dijo con criterio:

—Buscar en la mierda es un acierto que ha resuelto el entuerto. Por cierto...

—Gracias, Hemeterio; si no es por ti no resuelvo el misterio —interrumpió Felisa con su sonrisa.

—Por cierto... —impuso con su habitual criterio el cocodrilo Hemeterio—, y lo digo para molestar: lo del tejón Mateo es una deuda que tenéis que pagar. Me da igual que tú y Melchora seáis colegas; será mejor que le recuerdes que conmigo no se juega.

Capítulo 6: Una solución para la gata Micaela

Esta es la historia de una mona afable, de cordial mirada y carácter sociable, descarada y amigable. Siempre con su sonrisa, la mona Felisa pasa las horas... en el bar de Melchora.

—¡Hola, mona Felisa! Esto huele mejor sin Mateo dando guerra en las tragaperras, pero mira... he llorado... —dijo la gata Micaela.

—¡Hola, gata Micaela! ¿Qué te pasa? Parece que sales de una novela, tú que siempre estás de pasarela.

—Pues que hoy me han echado del trabajo.

—¡Al carajo! —dijo Felisa, sacando con destreza dos cervezas —.Ya no me acuerdo de qué currabas...

—Pues en un curro que no me importaba. En el que había jefes que sobraban y trabajadores que faltaban. En uno en el que nadie se jubila y está el típico pollavieja que te vacila. En uno de esos trabajos del montón que ayudan a pagar la habitación.

Fue entonces, sin más dilación, cuando la mona Felisa, siendo precisa, enseñó en un desliz a la gata Micaela... a ver si está dispuesta... un speed para empezar la fiesta.

Capítulo 7: Una esperada emboscada

Esta es la historia de una mona descuidada que, obligada, se escapa un día a la peluquería.

—Hola, zebra Orfelina, ¿tienes un hueco para dejar guapa a esta gualtrapa? —dijo Felisa.

—Claro, Felisa, y no es por nada... entras mona y saldrás monada —dijo la zebra Orfelina muy genuina—. ¿Qué te hago, hermosura? ¿Un poco de chapa y pintura?

—Córtame las puntas con tus preguntas —exclamó Felisa acertando su premisa.

—Pues claro... aquí se viene a lavar, cortar y chismorrear —sentenció Orfelina muy fina.

En el momento en que Felisa tomaba asiento, y sin que nadie se diera cuenta, entró otra clienta.

—Hola, zebra Orfelina. A ver si tengo suerte y me dejas divina de la muerte... ¡Hostia, Felisa! Te tengo en busca y captura; cuéntame tus aventuras, que ya va siendo hora. También quiero dar caza a Melchora —dijo la cotorra Violeta muy alcahueta.

—Sí, sí, cuenta y si quieres te lo inventas... —exclamó la zebra Orfelina quitándose la espina.

—Pues yo me alegro de que lo dejara con Mateo; despedirse así, sin decir nada, es muy feo —comentó coqueta la cotorra Violeta—. La verdad es que el hombre empezaba a dar grima; Melchora seguro que descansa quitandoselo de encima. Todo el día con el juego, la cerveza y el porrete; como hombre no promete.

—Sí... —dijo escueta Felisa, con la intención de no dar información.

—Seguro que Melchora se hartó de Mateo y lo mandó a paseo. Un hombre que es un cero a la izquierda... yo lo mandaba a la mierda —exclamó Violeta nada discreta—. A ti, Felisa, ¿qué te parece? ¿A que Mateo tiene lo que se merece?

—Por ahora, veo mejor a Melchora —contestó Felisa sin dilación, dando por buena cualquier especulación.

—Eso es lo importante. Melchora ya ha sufrido bastante y suficiente... Con lo guapa que es, encontrará rápido otro pretendiente —dijo Violeta aparentando ser una profeta.

—¿Melchora? Encuentra novio rápido seguro; solo espero que de cabeza sea más maduro —afirmó Orfelina intentando ser adivina.

—¿Y tú, Felisa? Para casarte parece que no tienes prisa —comentó Violeta muy treta.

—Yo... ninguna prisa —contestó Felisa con premisa.

—Entonces, de hijos nada de nada —dijo Violeta en otra jugarreta.

—Algún día... —comentó Felisa de farol en una conversación donde nunca tuvo el control.

—Si no eres veloz, se te pasará el arroz —sentenció Violeta haciendo la puñeta.

Y así, entre rumores y malas intenciones, salió Felisa de la peluquería muy guapa y rompiendo corazones.

Capítulo 8: La esquina de la lince Ermisinda

Esta es la historia de una mona con empatía. Una mona alegre que reparte simpatía, que al cruzar la esquina de cada día...

—¿Qué pasa, lince Ermisinda? De la esquina eres la guinda —dijo Felisa con su sonrisa.

—¿Hola, mona Felisa, tienes prisa? Dame un poco de tu alegría y comparte tu sintonía —dijo la lince Ermisinda muy linda.

—¿Qué dices? Si eres tú la chica de compañía, la chica de las picardías que exalta la maldita hombría... —dijo Felisa con ironía.

—Solo soy la chica mercancía...

—Pues lo que te decía... —dijo Felisa—: ¿cómo fue lo de tu abuela? ¿Tu hijo empezó la escuela en Venezuela?

—Sí, todo bien, pero yo solo les cuento mentiras, de una vida genial donde suenan arpas y liras.

—Amor, me voy, he quedado; haz huelga lo que te queda de jornada.

—Tía, llevo 10 horas y estoy agotada; ya sabes dónde encontrarme, monada.

Y allí se quedó Ermisinda esperando... con una vida en la que no tiene el mando.

Capítulo 9: El respeto del mapache Severo

Esta es la historia de una mona singular, conocida en el lugar por ser la más popular y, entre otras cosas, camarera de un peculiar bar.

—Mona Felisa, hay algo que te tengo que decir, un asunto que no me deja dormir y estoy en un sinvivir —exclamó el mapache Severo, asustado y sincero.

—Hostia, Mapache Severo, no te reconozco sin el uniforme de basurero —dijo Felisa con su habitual sonrisa—. Te veo preocupado, ¿qué te ha pasado?.

—Hace un mes trabajando, no me creía lo que estaba presenciando... Vi la tremenda paliza a Mateo por parte del cocodrilo Hemeterio... No quiero saber si lo envió al cementerio. Es un asunto serio y no quiero estar implicado, así que dile a Hemeterio que estaré siempre callado. Estoy muy nervioso con este tema; con Hemeterio no quiero ningún problema.

—Tranquilo, que hablaré con el cocodrilo. Quédate callado y no tires del hilo —le ordenó Felisa, borrando su sonrisa por el dato tan certero de Severo.

—Sí, sí... claro... De este asunto no quiero saber nada, tendré la boca bien callada. Dile de mi parte que guardaré bien el secreto y muéstrale mi respeto —dijo Severo, menos asustado y sincero.

—Se lo diré, pero ya sabes que Hemeterio se toma sus asuntos muy en serio...

—Sé que me reconoció y estoy muy asustado, por eso no quiero estar implicado ni buscarme la ruina...

—¡Va, pamplinas! Tú no te metas en este entuerto si no quieres estar muerto —bromeó Felisa, tranquilizando con su sonrisa—. Va... ¿qué quieres tomar? Te invito, y tranquilo que no has cometido ningún delito.

Capítulo 10: La disculpa de Felisa

Esta es la historia de una mona tan normal que va al mercado como cualquier animal y, como es habitual, va regalando su simpatía en la cola de la frutería.

—¿Última? —dijo Felisa mostrando su sonrisa.

—¡Yo, Felisa! —contestó su vecina Enderquina.

—Hola lechuza Enderquina, no te he visto. Vengo a por verduras a ver si hago un pisto —exclamó Felisa con una información precisa.

—Hoy el mercado está petado de gente; solo vengo porque me falta un ingrediente —dijo Enderquina, siempre pendiente de su cocina.

—Sí... esto está a petar y no se puede ni comprar. Iba a la carnicería, pero al ver la cola me he vuelto; hago un pisto y problema resuelto —comentó Felisa—. Por cierto me tienes que perdonar: le sirvo alcohol a tu marido en el bar.

—Tranquila, estás más que perdonada... Mi marido me tiene muy asqueada; si no es tu bar se irá a otro lugar, por eso no te tienes que preocupar. Prefiero que el dinero vaya a la señora Melchora.

—Gracias Enderquina, me has quitado una espina que tenía...

—Oye, oye, ¿ese no es el tejón Mateo? —interrumpió Enderquina.

—¿Dónde, dónde? —exclamó asustada Felisa.

—Me ha parecido verlo por la pescadería.

Felisa se olvidó de todo y se fue rápida a su encuentro con gran inquietud, pero entre la multitud no consiguió encontrarlo.

—Lo mismo da, que da lo mismo... seguro que fue un espejismo —comentó Enderquina.

—Eso espero... —dijo Felisa con cierto estupor, mirando a su alrededor.

Capítulo 11: La comunidad del gramillo

Esta es la historia de una mona que no quiere pensar en el tejón Mateo. Ahora solo quiere cachondeo. Y así, algo pasada y destartada, va buscando droga desesperada... en el lugar menos indicado: en un garito de degenerados. Un garito lleno de animales proscritos, un lugar maldito, el más chungo del distrito. En sus pedanías se puede escuchar algún socorro; es fácil encontrarlo por el olor a porro. Sin derecho de admisión, no se atreve a entrar cualquiera. Porque causa impresión, tan sucio que mejor mear fuera. Un buen sitio para caerse muerto, especialmente esa noche que tocaba el león Liberto. Un concierto de su grupo *Explosión Fecal* que, para pasar el rato, no está mal. Como tampoco está mal ese tal león Liberto, del cual la mona Felisa piensa que es un acierto. Por eso tiene con él un desliz discreto, pero esta historia es todavía un secreto.

—¡Hey! ¿Cocodrilo Hemeterio, dónde puedo pillar algo serio? —dijo Felisa siendo precisa.

—Por allí he visto a la mofeta Fulgencia, que tiene algo para provocar demencia —dijo el cocodrilo Hemeterio con criterio.

Así que Felisa se fue como un ave a su reclamo, a por la mofeta Fulgencia a pillar medio gramo.

—¡Qué pasa, mofeta Fulgencia! ¿Tienes medio con urgencia?

—Eso es una imprudencia —dijo Fulgencia con buena apariencia—. Pues no, señora, tengo uno y paso... Te lo guardo media hora o se lo doy a algún payaso.

A todo esto, acudió presto alguien dispuesto a poner el resto como impuesto para estar puesto.

—¡Mona Felisa! ¡Yo también apuesto! —dijo el elefante Cipriano yendo al grano—. Pero mi presupuesto no es una maravilla, así que busquemos el resto, porque tengo calderilla.

—Pues démonos prisa —dijo la mona Felisa con gran premisa.

Así que el elefante Cipriano, yendo al grano, levantó su trompa y olió lo cercano, percatándose de la presencia del hipopótamo Hilario, que seguro le debía parte de su salario.

—¡Tú, hipopótamo Hilario! Págame el impuesto revolucionario que tengo un asunto entre manos —dijo el elefante Cipriano yendo al grano.

—¡Huy! ¿Qué asunto? ¿Qué me apunto? —dijo el hipopótamo Hilario soltando un comentario.

—Pues pillar algo de divertimento para tener el tabique contento —dijo el elefante con voz intrigante.

—Entonces pongo tu parte, la mía y en paz —soltó el hipopótamo Hilario muy audaz.

—Por mi bien —dijo Cipriano muy campechano—. ¿Tú qué opinas, mona Felisa? —y ésta respondió deprisa.

—Está bien, pero pido algo muy sencillo; seré yo la portadora del gramillo.

Así que se fue con urgencia a la mofeta Fulgencia y lo guardó en el bolsillo, creándose de esta manera la comunidad del gramillo.

—¡Ehh! Mona Felisa, date prisa y saca la matraca —dijo el hipopótamo Hilario, soltando un comentario singular al segundo de pillar—, o pásala para que le dé un tiento...

—¡Buen intento! Pero lo siento... Ya tengo conocimiento de tu destreza y, para joder, vamos a por una cerveza.

El hipopótamo Hilario es un gran adversario, todo un treta con títulos honorarios de los magníficos farloperos templarios. Es el que se mete dos en el lavabo y deja al último con cara de chichinavo. Rápido y preciso con la tarjeta deja a cualquiera en la cuneta.

Y así, de vez en cuando, la birra iba bajando con porros de contrabando. Entonces el elefante Cipriano dijo yendo al grano:

—Felisa, saca algo para incarle el diente, que sé que tienes algo mío indecente... Dame que lo trabajo...

—¡Ohhh, buen atajo, majo! Me gusta tu desparpajo —dijo la mona Felisa siendo concisa—. Paciencia elefante, tendrás muchas tías en la cola; espérate a esta canción que me mola...

Así cortó las intervenciones de Cipriano, un joven elefante que va al grano, un fijo en las colas de reclutamiento, una gran promesa con talento. Haciendo la culebra con la trompa, se mete mil rayas y se está curtiendo en todas las batallas. El más prometedor de los cachorros, todo un espectáculo fumando porros.

—¡Joder, mona Felisa! Deja de marear la perdiz y saca el gramillo para darle a la nariz —dijo el hipopótamo Hilario, soltando otro comentario—, y no me toques los huevos que no es tuyo.

—¿Quieres que te los toque de verdad, capullo? —dijo la mona Felisa siendo precisa—. Pues vale, pesado, y no me repliques, vamos a darle al tabique para tener un buen palique.

—¡Joder, ya era hora! Tengo ganas de encender la aspiradora —dijo el elefante Cipriano yendo al

grano—, y este grupo musical no hay quien lo aguante.

—¡Qué dices, ignorante! —dijo Felisa con prisa—. Vamos a por una gigante cuanto antes.

Y como Felisa estaba de estos tíos hasta el nai, y visto lo que hay, con pericia impartió justicia:

—Ya conozco vuestras estratagemas, así que, para acabar con los problemas, lo vuelco todo, hago tres rayas y punto. ¡A tomar por culo y se acabó el asunto!

Y así acabó esta bonita historia con un rayote que supo a gloria. Todo lo demás simplemente es otro cuento... que si quiero, lo invento.

Capítulo 12: La pantera Melchora

Esta es una mona que no está para historias. Una mona con ideas contradictorias. Una mona con el corazón en una noria, que cabizbaja... va al bar de la pantera Melchora; donde a veces se ríe y otras veces se llora.

—Pantera Melchora, ponme buen alpiste que hoy estoy bastante triste —dijo Felisa con media sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Que no estás nada payasa? —dijo la pantera Melchora, muy observadora.

—Que no soy nada feliz.

—¿Has perdido el speed?

—Muy graciosa... está fea la cosa... Me ha dejado el león Liberto.

—¿Es eso cierto? Ya se puede dar por muerto, ¿qué ha pasado?

—Que me ha dejado y punto. Fin del asunto. Me dijo eso de "no eres tú, soy yo, no te creas... necesito tiempo para ordenar mis ideas... para que la relación no sea un castigo... mejor lo dejamos como amigos..." Un montón de frases hechas, así que me fui como una flecha. Y ahora estoy pasándolas canutas.

—¿Te acuerdas lo que hiciste cuando descubriste que me pegaba Mateo? —dijo Melchora.

—¿Llamar al cocodrilo Hemeterio...? ¿Va en serio? —contestó la mona Felisa—. Aunque con mucho gusto le diría que le pegara solo un buen susto.

—¡Qué cabrona! —exclamó Melchora.

—A pesar de todo... sigo de una pieza. Anda, ponme otra cerveza —dijo Felisa apagando su sonrisa.

Y así, entre penas y bebidas, la mona Felisa endulza esa noche su vida. Melchora y Felisa son muy amigas, de esas amigas con las que se comparten las intrigas, de esas amigas de toda la vida. Es quien acude cuando duelen las heridas. Han vivido historias y están muy unidas.

De repente, la mona Felisa se quedó dormida. Así que Melchora esperó a que el último cliente se fuera y cerró el bar con la mona Felisa cómoda y durmiendo la borrachera.

Capítulo 13: La obsesión del oso Doroteo

Esta es la historia de una mona generosa. Amiga de todos y con una sonrisa preciosa, que escucha una voz deseosa...

—¡Chustas! ¡Chustas! ¡Chustas!

—¡Hola oso Doroteo! ¿Hace tiempo que no te veo? —dijo la mona Felisa con su sonrisa.

—¡Hola mona Felisa! ¿Sabes que me gustas? ¡Chustas! —dijo el oso Doroteo con deseo.

—¿Ya estás otra vez buscando chustas?

—¿Estuviste en aquel jaleo?

—No sé de qué hablas pero le hecho morro. Ten, anda... un par de porros y dúchate que vas muy guarro; toma también un par de cigarros y papel... para que subas el nivel.

—¿Te he dicho que me gustas? ¡Chustas!

—Pásate, si te acuerdas, por Melchora en media hora; una birra rápida de mi parte y así, con arte, te vas porque formas jaleo, ¿vale, Oso Doroteo?

—¡Ya lo creo! —dijo el oso Doroteo con deseo—. A veces Doroteo asusta, ¡Chustas!

—Oye, oso Doroteo, esa chaqueta que llevas no es de Mateo —dijo Felisa preocupada.

—Ahora es de Doroteo; me la ha dado Mateo esta mañana —afirmó Doroteo—. Sabes que le han dado una paliza, estaba algo feo, Mateo.

—Mejor voy ahora a decírselo a Melchora.

Capítulo 14: Cierre de persiana

Esta es la historia de una mona encantadora y cercana, que en el bar de Melchora ayuda a bajar la persiana.

—Melchora, el oso Doroteo me ha confirmado el regreso del tejón Mateo —anunció Felisa, limpiando en la puerta con la fregona.

—Pues si intenta conquistarme va tarde; siempre ha sido un cobarde. También sabe que si lo encuentra Hemeterio, lo manda al cementerio. Este cocodrilo, cuando está violento, se vuelve majara; tuve que pararlo para que no lo matara —dijo Melchora con garra, limpiando la barra.

—Hemeterio siempre te ha querido y tú no le has correspondido —dijo Felisa, mirando la persiana.

—Yo a Hemeterio lo quiero y él lo sabe, pero lo grave es su manera de llevar la vida... no me deja otra salida. Es peligroso... terminará seguro en la cárcel o muerto. Yo no quiero ese futuro doloroso e incierto —sentenció Melchora—. ¿Te acuerdas cuando estuvimos juntos de adolescentes?

—Eso se nota en el ambiente... cambia de cara cuando está contigo —exclamó Felisa, fijándose en las ventanas.

—Siempre seremos algo más que amigos —dijo Melchora de manera conmovedora—. Mateo siempre tuvo celos de eso.

—Que le den a Mateo. ¿Sabes que Hemeterio me amenazó diciendo que lo de Mateo se lo tenemos que pagar?

—¿Qué le dijiste? —

—Me cagué de miedo... es que cuando saca el criterio Hemeterio, el asunto se pone serio.

—Jejejeje —rió Melchora—, te estaba vacilando. Hemeterio lleva mucho tiempo con un asunto en la cabeza, pero tranquila; esa deuda es cosa mía.

Capítulo 15: Una mañana que no pasó casi nada

Esta es la historia de una mona que enamora, trabajando con Melchora. El bar parece maldecido porque los parroquianos no han aparecido; está tan solo que ni siquiera ha ido el erizo Bartolo.

—Felisa, si esto no mejora, vas a tener que hacer menos horas —dijo la pantera Melchora muy calculadora.

—No seas exagerada, ya verás que no es nada —dijo la alegre Felisa.

—Que no pasa nada, monada... parece que el bar tiene las horas contadas —comentó Melchora, viendo que el futuro empeora.

—No seas exagerada, solo es una mala temporada —respondió Felisa manteniendo su sonrisa.

—Las facturas han subido y los clientes se han ido. Es duro pensar que este bar tendrá que cerrar —sentenció Melchora.

—Venga, venga, que hay salida. No pierdas la esperanza, sé más positiva y gana confianza —dijo Felisa forzando su sonrisa.

—Pues mira, Felisa, para muestra lo que no quiero: no te pago las horas extras por falta de dinero —pronosticó Melchora, siendo reveladora.

—Tranquila, que esta mona se espabila. Si el futuro se ve feo, intento el trapicheo —dijo Felisa con incrédula sonrisa.

Y así, trabajando, la mona Felisa iba aguantando su sonrisa desesperada, viendo que no servía para nada.

Capítulo 16: La tarde que pasó todo

Esta es la historia de Felisa, una persona a la que le gusta sonreír al espejo. Ha quedado con Melchora para cerrar el bar; quiere animarla por lo de esta mañana. El bar está con las luces encendidas, no ve a nadie fuera y, en una de las mesas, hay dos botellas. Felisa las recoge y entra en el bar.

—¡Melchora! ¡Hola! —nadie responde en un bar vacío.

—¿Melchora? —exclama Felisa, extrañada, mientras observa una silla en el suelo.

—¡Melchora! —dice Felisa, observando una botella vertida en la barra. Cuando se acerca por detrás para limpiarla, ve un cuerpo inerte; después reconoce que era Melchora. Piensa que se había caído. Luego se da cuenta de la sangre extendiéndose.

—Esto no es real. No estoy dormida. No está muerta. No puede ser que... Melchora... —susurra Felisa, inmóvil mirando el cuerpo, mientras se oye un grifo abierto.

—¡No! ¡No! ¡No! —grita Felisa, mirando la caja registradora.

—No... —susurra Felisa. Se agacha para intentar girarla, pero no puede. Retira la mano.

—Melchora... levanta... —

Mientras llora y grita el nombre de Melchora, habla con ella por teléfono y no le dice que Mateo volverá. Ha tardado en llegar por tomarse un café. No tendría que haberse ido a hacer la siesta. Cerrando el bar y sin atreverse a sacar el tema. La noche hablando de Liberto y nada de Mateo. Si no la hubiera dejado sola esta tarde... Mientras llora y grita el nombre de Melchora, intenta recoger la botella vertida.

—¿Qué hago yo sin Melchora? —

Felisa mira al aire, buscando a alguien en el bar. No encuentra a nadie; solo el ruido de las máquinas recreativas y una silla caída. La televisión está encendida y sin sonido. Mira hacia la cocina y ve la luz apagada. En la cafetera hay un café hecho. Un vaso roto en el suelo. El grifo está abierto. No puede mirar la cara de Melchora. No puede tocar a Melchora. No puede separarse de Melchora. El agua del grifo se pierde por el desagüe.

Al escuchar los gritos, tres transeúntes entran al bar. Dos de ellos van a socorrerla mientras el tercero avisa a emergencias. Felisa llama a Hemeterio. Después mira a las máquinas recreativas y se queda quieta.

Capítulo 17: La deuda

Después de matar a Melchora, Mateo se entregó a la policía. No se sabe si lo hizo para escapar de Hemeterio o por arrepentimiento. En el barrio, los rumores se decantan por la primera opción. La muerte de Melchora causó mucha consternación. Hemeterio llevaba tiempo intentando convencer a Melchora de venderle el bar. Buscaba cualquier excusa para pedirle, bromeando, esa supuesta deuda. Melchora siempre había dudado, pero era la única manera de salvar el bar y seguir en él, tanto ella como Felisa. Melchora no veía el bar sin Felisa.

Al final, Hemeterio compró el bar, conservó su nombre, reformó la barra e hizo algún otro cambio. En él trabajan otras personas y no sé nada; con Hemeterio prefiero llevarme poco y bien.

Tampoco sé mucho de los demás; sé que Severo se jubiló y ahora es otro parroquiano. Ermisinda, tal como vino, se fue, y de vez en cuando veo a Bartolo en el bar, esperando a ver si aparece Felisa. Siempre que paso por delante, miro a ver si la veo, pero Felisa no suele estar. Va cuando quiere y hace que trabaja, pero en verdad bebe. También sé que no va a ningún concierto del garito; eso lo sé de primera mano. Felisa hace tiempo que dejó de mirarse en el espejo. A veces sonrío, después aparta la mirada.